

te de inspiración para sus citas, sus obras o sus poemas.

Esta excursión literaria por la provincia de Madrid me ha llevado hasta la misma Sierra; aquí, desde un pueblecito donde comienza la de Avila, en el mismo corazón de la Sierra, entre frondosos pinos que exhalan su tonificante aroma, donde la brisa que corre por toda la montaña y penetra con toda su pureza en los pulmones, los oxigena, suprimiendo la contaminación que adquirieran en la capital. En este pueblo abulense, situado en la misma raya de separación de las Dos Castillas, es donde he podido realizar este trabajo; en este pueblo, que aunque no pertenezca a la provincia madrileña, se convierte en colonia veraniega abundante en los meses del estío, porque este pueblo de Las Navas del Marqués, donde pernoctó don Diego de Torres Villarroel después de su accidentado viaje por esta Sierra, y que con tanta gentileza acoge a todos sus visitantes. Es aquí donde he podido estudiar más a fondo y conocer más profundamente esta Sierra, uno de los lugares que los autores españoles han cantado o descrito con abundancia de menciones.

De entre todos los autores que mencionan a esta Sierra madrileña, son de destacar la elegancia literaria de don Pío Baroja en su descripción, llena de encanto y poesía, que solamente don Pío acaudalaba. Las serranillas del Marqués de Santillana; las menciones de don Ramón del Valle Inclán; los poemas de Luis de Góngora describiendo en bellísimos versos la grandeza de la Sierra; el Arcipreste de Hita, donde describe los peligros que encierra; la gesta heroica que en la Sierra realizaron unos hombres en defensa de su Patria, bellamente citada por Fernández Shaw; la fina sensibilidad de Leopoldo Panero y el gran amor que sentía por esta Sierra el joven poeta, auténtico trovador de ella; Antonio Andión, que la glosa con toda la admiración y emoción, al mismo tiempo, en sus diversas facetas.

No quiero dejar de mentar en esta sencilla introducción al profesor Fradejas Lebrero, que en su «Geografía Literaria de la provincia de Madrid» realiza un estupendo trabajo, no sólo referente a los pueblos de la provincia, sino de esta Sierra, en una coordinación perfecta de menciones; un magnífico trabajo de exposición, donde denota un gran conocimiento literario de nuestra provincia madrileña que ha sabido plasmarlo en su obra.

Los ríos madrileños también gozaron de la atención de nuestros literatos españoles. A pesar de no ser caudalosos, la literatura los ha tenido en cuenta por diferentes causas.

El río más mentado por los maestros de la literatura es, sin duda alguna, el Manzanares. Su fama es altamente conocida. Una triste fama que le acompaña desde antiguo. ¿Cuántas burlas ha recibido el pobre Manzanares? Por eso precisamente, por su pobreza de caudal. Por su pequeñez, por su humildad, aunque esté asentado en la propia capital de España.

Don Miguel de Unamuno lo trata de «arterioesclerótico»; Castillo Solórzano se burla de su nacimiento; hay diversidad de criterios con respecto a natu-

raleza y los autores no se ponen de acuerdo. Pero todos y cada uno de ellos se burlan de él, lo satirizan en sus obras, en sus poemas. Mas esa misma crítica cruel y despiadada de los autores españoles le han proporcionado esa fama que hoy día goza y que le han hecho acreedor a la simpatía y el cariño de todos los madrileños.

Lope de Vega, Tirso de Molina, Castillo Solórzano, Quevedo, Sánchez Ferlosio, Zabaleta, Góngora, García de la Huerta, Unamuno y tantos escritores glorias de la pluma literaria española, lo mencionan, unas veces para ridiculizarlo; otras, para burlarse de su pequeñez. Aunque tampoco falta quienes, en un sentimiento de compasión, de bondad o de generosidad, le dedican un cariñoso recuerdo, como queriendo mitigar, en parte, la crueldad con que ha sido tratado.

Otro de los ríos que han sido mencionados en la Literatura española es el Jarama. Un río que debe su fama a la bravura de sus aguas, en donde con una aparente tranquilidad de mansedumbre se esconden los más diversos peligros, en forma de torbellinos, cuevas en su interior, por donde pueden desaparecer personas, animales o cualquier cosa que penetre en sus aguas. Pero su auténtica fama la debe a los pastizales que en las riberas crecen y que sirven de pasto a las ganaderías de reses bravas, que les confiere esa misma bravura de sus poderosas aguas; de ahí el nombre de «jarameros» a los toros lidiados en las más importantes plazas de toros, donde son solicitadísimo por las empresas.

Tirso de Molina hace referencia de estos toros, criados en las riberas del Jarama, en una de sus obras, con respecto a su bravura; asimismo Luis de Góngora pone su granito de arena taurina sobre la valentía de estos toros, y en la misma tónica lo hacen Querol, el Duque de Rivas, Mira de Amescua y muchos otros.

Por lo que el río Jarama, de quien J. J. Mora compone un bello poema en loor suyo, también ha pasado a la historia de la Literatura española llevado de la pluma de los grandes maestros.

Otro de los ríos que se hace presente en la literatura española es el Henares. Sus riberas, donde se halla situado Alcalá de Henares, cuyo nombre lo tomó de su río, han sido descritas por el ilustre alcalaíno y maestro de los autores españoles, Miguel de Cervantes, en su famosa «Galatea». Francisco de Quevedo se olvida por una vez de sus sátiras, para glosarlo comparándolo con una dulce música el murmullo de sus aguas. Pedro de Medina hace una delicada descripción, llena de encanto y poesía, del mismo, y otros tantos autores dedican citas o menciones de este río, en cuyas riberas se asienta Compluto, como diría Cervantes de su tierra natal, Alcalá de Henares.

Otros ríos que han sido mencionados en la Literatura española han sido: el Lozoya, famoso por su saludable y transparente agua, calificada como la mejor del mundo; Arroyo Torote, de quien León Marchante hace una irónica alusión, y el Arroyo Abroñigal, a quien felicita Castillo Solórzano por poseer un puente al igual que el Manzanares.

No quisiera terminar esta «Excursión literaria por la provincia de Madrid» sin agradecer muy profundamente a todos los autores españoles el que me hayan permitido realizarla por medio de sus plumas. Plumas que no sólo glorifican a esta provincia madrileña, sino que, gracias a ellas, han dado a conocer los encantos, las bellezas, las costumbres y todo cuanto de valor encierra en su interior. Gracias por haberme dado a conocer más íntimamente esta patria chica donde nací, donde me crié, donde me hice hombre y que tan poco conocía.

Gracias a esta Sierra de Guadarrama, donde anualmente vengo a descansar y gozar de sus brisas, del aroma de sus plantas, de la recreación en sus agrestes pero siempre bellos paisajes. Gracias a este pueblo de Las Navas del Marqués, que me ha acogido tan gentilmente y que presidido por su castillo, altivo, imponente, se ofrece con la hidalguía que heredaron de sus antiguos moradores. Y gracias a Pedro Gómez, el popular vecino de este simpático y acogedor pueblo, que me ha proporcionado los medios necesarios para poder realizar esta «Excursión» en la mejor forma posible.

Y ahora dejo al criterio del lector las impresiones que pueda sacar de este recorrido literario, rogándole «disimule» si en el mismo encuentra alguna deficiencia o algún bache en el que imprevistamente me haya introducido involuntariamente.

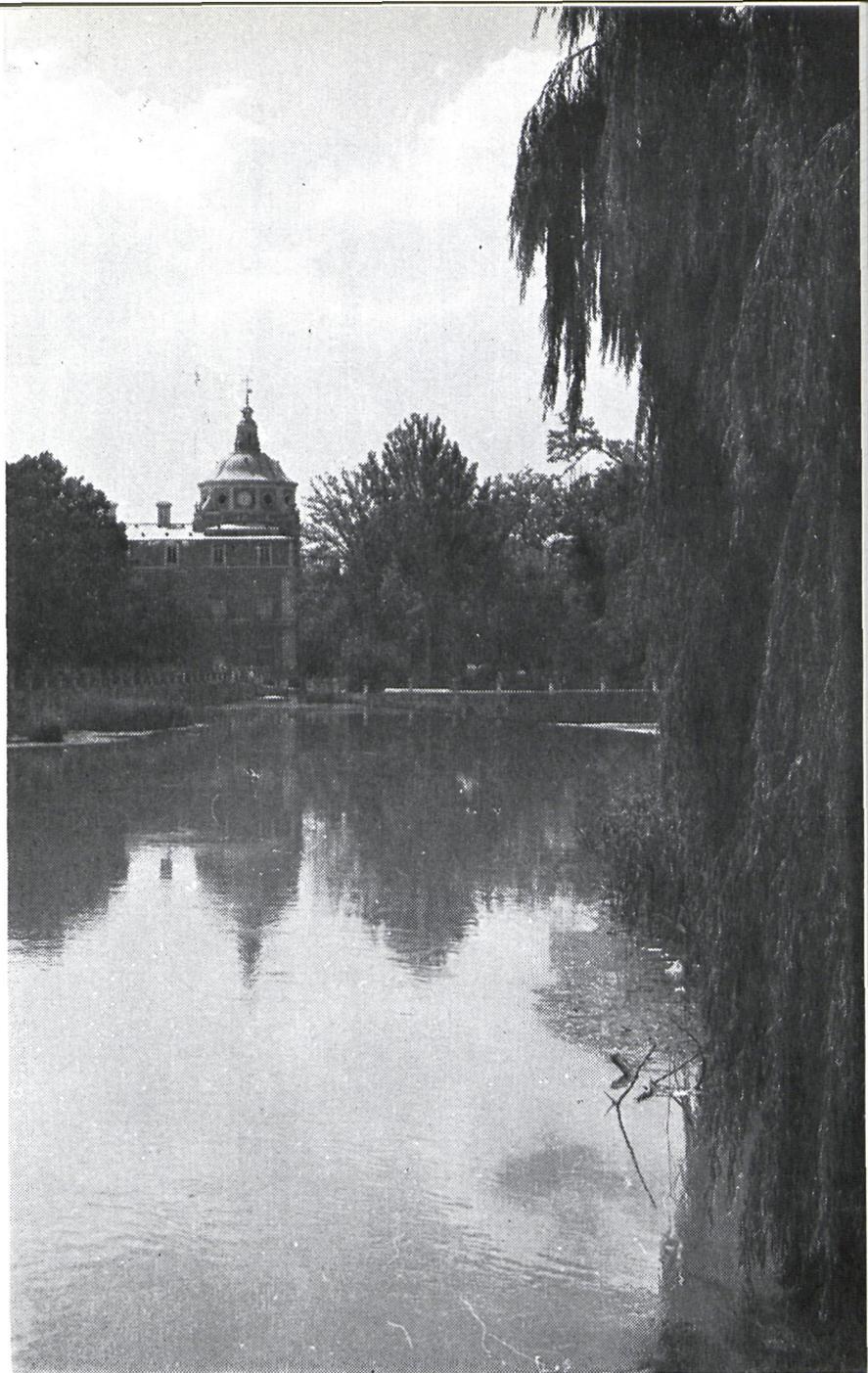
EXCURSION LITERARIA POR LOS PUEBLOS MADRILEÑOS

ALCALA DE HENARES

Al Este de la provincia de Madrid, a muy pocos kilómetros de Guadalajara, se halla Alcalá de Henares. Centro de la cultura española en otros tiempos, patria chica del gran genio de la Literatura universal, Miguel de Cervantes y Saavedra, y famoso en el mundo entero por su Universidad Complutense. La sabiduría de sus profesores era notoria, así como la ciencia que llegaron a alcanzar los alumnos que allí estudiaban. Lo más importante de esta Universidad fué la creación de la «Biblia Políglota Complutense», que se inició en el año 1502, acabándose en 1520; escrita en seis volúmenes, contiene el Antiguo Testamento en caldeo, hebreo, griego y latín; el Nuevo Testamento en latín y griego y un vocabulario hebreocaldeo, gramática e índice de nombres. La fama de su Universidad sólo era comparable a la de Salamanca, no existiendo apenas diferencia entre una y otra.

Nuestras figuras de la Literatura en el Siglo de Oro han tenido siempre presente a Alcalá de Henares; así, la recuerda el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, en su obra «San Diego de Alcalá»; Luis Vélez de Guevara, posteriormente, en «El Lago de Alcalá»; Juan Pérez de Montalbán, en «Los toros de Alcalá», y Andrés Claramonte y Corroy, en «De Alcalá a Madrid».

Más tarde, Alcalá de Henares no ha sido apenas mentada, aparte algún sainete u obrilla en donde se

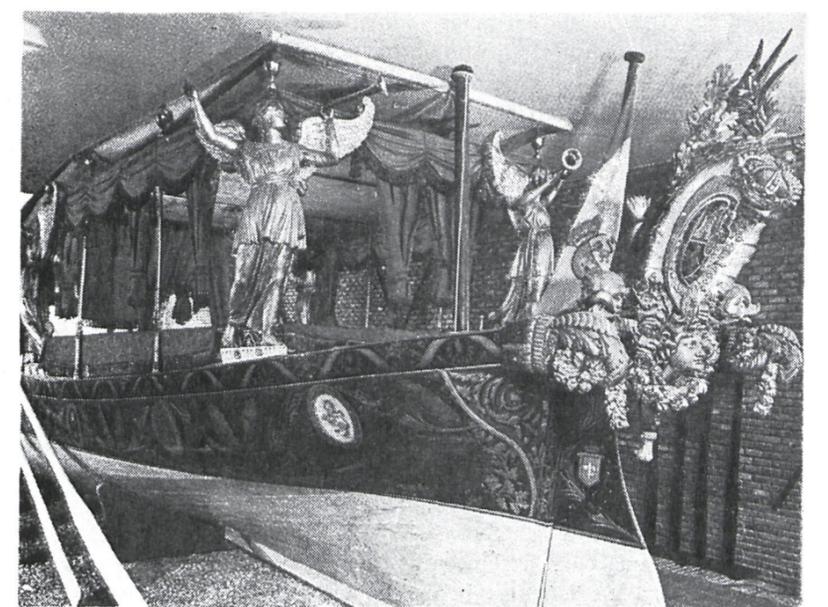
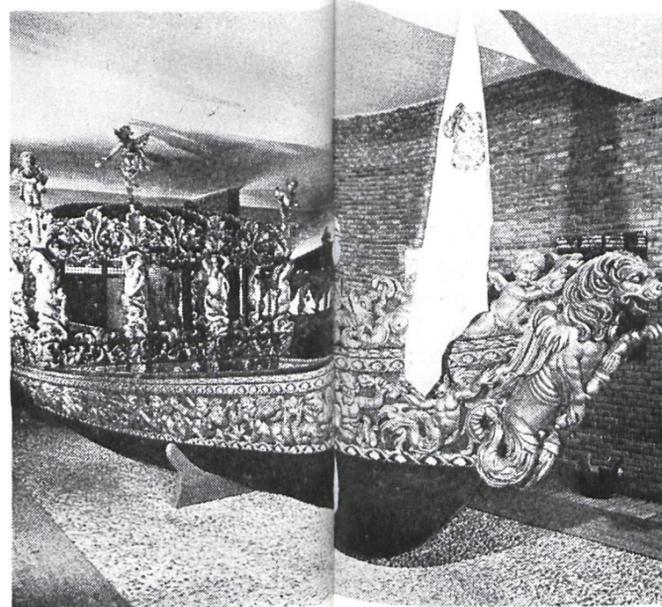
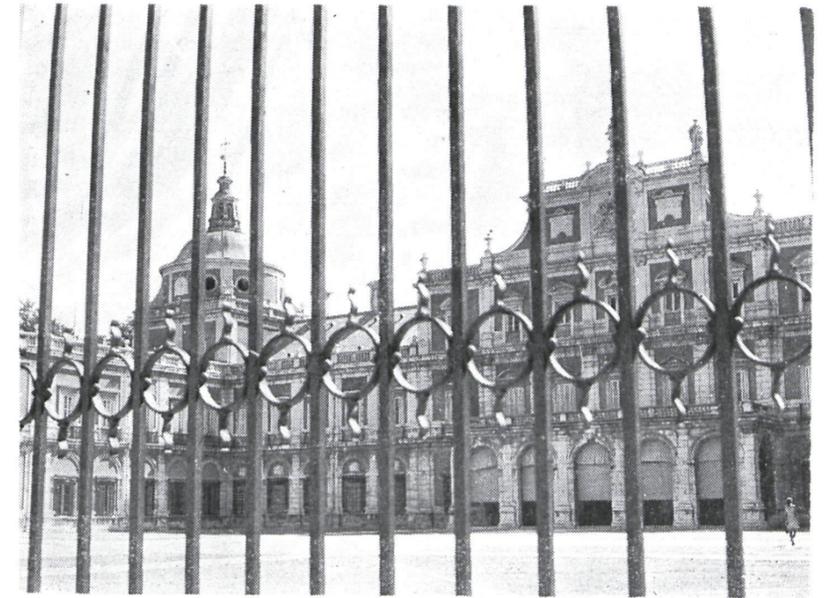
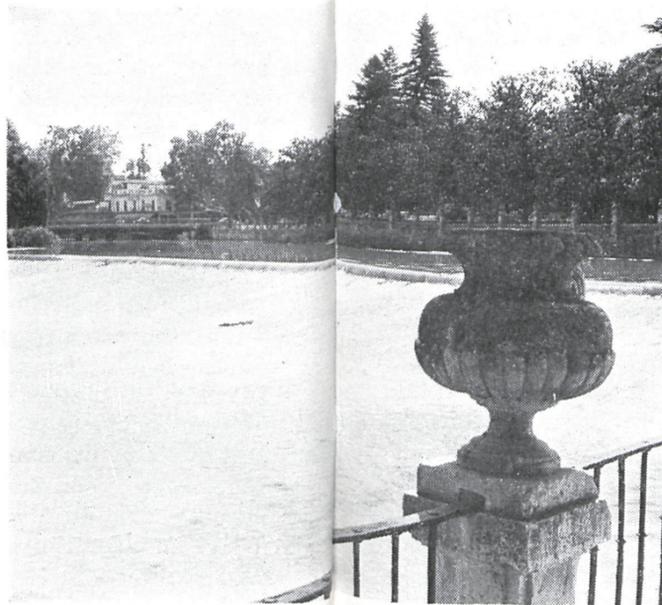


El Tajo, a su paso por Aranjuez, da vista a esta bella imagen del Palacio reflejada en sus aguas

le menciona, como en el «Sí de las niñas», de Leandro Fernández Moratín.

La fama de Alcalá de Henares, como ya se indica, se basa principalmente en su Universidad y en haber sido cuna de Cervantes, pero tuvo también su popularidad en la vida picaresca de los estudiantes que pasaban por las aulas de la misma, así como en la poca justicia que por entonces allí se hacía. Nos lo recuerda Tirso de Molina, uno de nuestros ingenios literarios, en los siguientes versos:

“Hay en Toledo ocasiones
notables.
¿Y faltarán
en Alcalá, donde están
dando los vicios liciones?
Mal sabéis los privilegios
que da una Universidad:
el vicio y la libertad
también tienen su colegio.”



Entrada y una vista general del patio de armas del Palacio Real de Aranjuez. Nueva vista del Tajo, a su paso por los jardines, y dos falúas reales de la Casa del Marino

Poco favor le hacían a Alcalá de Henares nuestros maestros de las letras. Francisco de Quevedo, sátiro y burlesco, lo demuestra en su «Historia de la vida del Buscón», relatando las aventuras de Pablo en Alcalá, donde se le permitía...

«Tener sarna, andar manchado y padecer el hambre... (que es el sagrado de los estudiantes)».

De la poca justicia que se hacía por entonces nos lo describe el P. Sebastián González, S. J., en «Relatos diversos de cartas de jesuitas», donde dice:

«En Alcalá hay refrán, que mueren allí de viejos los ladrones y que ha muchos años que no se ha hecho de ninguno justicia.»

Del carácter libertino de sus estudiantes, así como de su audacia, Suárez de Figueroa resume sus cualidades con mordaz ironía:

«Sabed viene a ser Alcalá lugar de grande provocación, como albergue de hijos de tantas madres. Allí la ley del duelo se halla con más vigor que antiguamente en la provincia que más se profesó honra.»

En la obra «El sí de las niñas», Leandro Fernández de Moratín, describiendo en escena una posada alcalaína, dice:

«... cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de las campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.»

Pero no todos los escritores coinciden en sus apreciaciones con respecto a Alcalá de Henares. No todo es libertinaje de sus estudiantes, no todo es tristeza, no todo es injusticia y duelos y provocaciones. Alcalá

resurge bella y esplendorosa como corresponde a su rango. Enrique de Mesa, gentil cantor de los pueblos de la provincia de Madrid, con pluma ágil compone un bello poema a Alcalá, canta a su río, a su sol, a sus campos y a su cielo. Entresacamos unos versos de su poema:

“Alcalá de Henares,
ambiente claro de ciudad latina.
Riberas del Henares,
ríe al sol la llamada alcalaína;
sembradura, viñedos y olivares.
Esplende el cielo azul, y el vivo
tiene un punto sutil
que cela en el ardor, seco y estivo,
un regazo de abril.”

Asimismo Mateo Alemán, en «Guzmán de Alfarache», cita a Alcalá de Henares, y para él es:

«... lugar más gracioso y apacible de cuantos había visto (Guzmán) después que de Italia salí. Si la codicia de la Corte no me tuviera puestas en los pies las alas, bien creo que allí me quedara, gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provisión, de tantos agudísimos ingenios y otros muchos entretenimientos.»

En la misma obra, posteriormente, exclama como un lamento, dolido por todo lo que se ha escrito del pueblo:

«¡Oh, madre Alcalá! ¿Qué diré de ti que satisfaga o, como para no agraviarte, callaré, que no puedo?»

Alcalá de Henares, historia y cultura, orgullo de la provincia de Madrid en tu época dorada, cuna del más grande escritor de todos los tiempos, pináculo de la cultura española, que no fuiste pagada con la justicia que mereces, vuelves hoy a resurgir con la misma fuerza arrolladora de tus mejores tiempos. Esa Universidad, que tantos nombres ilustres dieras para gloria de España, se ve hoy acompañada por esa otra laboral, donde los hombres se forman profesionalmente y, unidos la cultura y el trabajo, vuelves a renacer pujante con la misma intensidad de los Siglos de Oro. Si no fueron justos contigo aquellos maestros literarios, fué porque era otra época, otras costumbres, otros hombres, otras ideas, y porque no supieron comprender la enorme grandeza que en tu interior llevas y conservas.

Hoy luces con todo el esplendor de que eres creadora por la cultura que derramas, por la ciencia que enseñas, por la nobleza de tus hombres, por el encanto de tus mujeres, por el verdor de tus campos, por la hermosura de tus huertas. Y como dice Enrique de Mesa, en la dedicación que te hace en sus «Poesías completas», eres:

“Horizonte abierto
para soñar a solas,
entre el frescor de esmeraldinos muertos
y purpúreos escalios de amapolas.”

ALCOBENDAS

Alcobendas, un pueblo situado en la carretera de Burgos, cercano al de San Sebastián de los Reyes, también tiene algunas citas literarias, debido no sólo a su paisaje, donde el sol se resquebraja en la llanura, más propia para la ganadería que para la agricultura, aunque mucha de la riqueza del mismo se debe a los viñedos allí existentes, pero que, bien por las temperaturas, más bien altas, o por el propio terreno, una vez destilada la uva, el vino era áspero y poco agradable para algunos, pues para muchos resultaba exquisito para su paladar.

Pero aparte de esto, Alcobendas mereció la atención de aquel gran poeta que fué Luis de Góngora, quien le dedicó unos versos, precisamente a una de sus mujeres, desenvuelta y desenfadada, y que, bajo el título de «Una moza de Alcobendas», dice así:

“Una moza de Alcobendas,
sobre su rubio trenzado,
pidió la fe que le he dado,
porque eran de oro las prendas;
concertados sin contiendas
nuestros dulces desenojos,
me pidió sobre sus ojos
por lo menos un doblón;
yo, aunque de esmeralda son,
se le libre en tremecén.
¿Hice bien?”

Francisco de Quevedo es otro de los poetas que hace mención a este pueblo de Alcobendas, pero no es precisamente por sus mujeres o sus vinos, sino por la mala fama que tenían sus habitantes, a los que se lanza con sus burlescas pullas, satirizándolos. ¿Qué le habrán hecho al «inocente» Quevedo los habitantes de Alcobendas? He aquí sus versos:

“Alcalde de hoy en adelante,
ved que ha de haber diferencia
de mí, que he visto a los Reyes
a los demás de Alcobendas.”

Y Alcobendas, de todas las maneras, recibe las citas de dos de nuestros más preclaros poetas. Hoy este pueblo, bañado por las aguas del Jarama, está totalmente transformado; sus casas modernas, su plaza de toros, le hacen acreedor a ser un polo de descongestión de la gran urbe madrileña, que se ha quedado chica para albergar tanto habitante, por lo que Alcobendas cumple a satisfacción su cometido.

ALCORCÓN

La fama de Alcorcón se extiende a través de toda la provincia de Madrid, «por sus berros y por su barro». Pero si los berros tuvieron fama, no sólo en la provincia, sino en toda España, el barro en que fabricaban pucheros, cazuelas, botijos, etc., traspasó los umbrales del país, y Alcorcón se hizo famoso gracias a esta clase de industria alfarera.

Nuestros escritores también dejaron constancia en sus crónicas de la importancia de esta típica industria de Alcorcón; Ponz, en «Viaje por España», nos lo describe:

«Tiene Alcorcón más de cien vecinos al parecer; entre ellos habrá como dos docenas que se exercitan en hacer vidriado común es a saber, ollas, cazuelas, tenajas, etc., con que abastecen en gran parte a Madrid. Siendo la arcilla de aquellas inmediaciones muy adaptada para ello, el pueblo se compone generalmente de infelícísimas casas de tierra.»

Eugenio Noel también recuerda al pueblo de los botijos en su obra «Un toro de cabeza en Alcorcón», donde, con sutil gracia, lo describe:

«Alcorcón no existiría, ni sus célebres botijos tampoco, si el río (Meagues), al convertirse en arroyo, no hubiera previsto la necesidad de refrescar el agua que tendríamos en nuestro prosaico tiempo. Gracias, pues, a ese arroyo, cuyos berros son los mejores del mundo, Alcorcón es un pueblo famoso y sus barros tan conocidos como sus berros.»

Asimismo, A. Moreto, en un delicioso entremés, escribe con singular gracia sobre Alcorcón y su famosa industria pucheril:

“Alcorcón es la Corte
del niño bello,
pues lo que en él más priua
son los pucheros.”

Lope de Vega escribió una obra teatral, que quedó en el olvido, con el título de «La niña de Alcorcón», a principios del siglo XVI; otra obra, que se perdió

igualmente, fué la que escribió don Pedro Calderón de la Barca, titulada «La Tarasca de Alcorcón».

Poco más de sí ha dado el pueblo de Alcorcón para nuestros escritores. La fama de su industria alfarera fué lo que le hizo acreedor a ser mentado por ellos, así como la rudeza de sus hombres, que ha quedado patente en la popular frase de: «Eres como los de Alcorcón, que hacen los botijos a cascotazos».

ARANJUEZ

Toda la literatura y poesía se vuelca en todo su contenido sobre este Aranjuez, que se ha dado en llamar el segundo Paraíso Terrenal. ¿Cómo puede describir Aranjuez una modesta pluma cuando ya lo han dicho todo las más ilustres de todas las épocas?

Aranjuez, «bon amour», bello título de una canción que con su música melódica lo dice todo, ya que en sus jardines, junto al Tajo y al Jarama, ¡cuántas escenas de amor se habrán repetido en los claros de luna en sus deliciosas noches, al olor perfumado de su floresta, y en los magníficos paseos de sus maravillosos jardines. Toda la Corte, encabezada por los Reyes de España, se acercaban frecuentemente al Real Sitio para recrearse y gozar de la belleza de sus lugares.

Pero dejemos la descripción de esta maravilla de la Naturaleza a los maestros de las letras que supieron poner toda la ciencia literaria de sus plumas al servicio del más hermoso de los lugares de la provincia de Madrid.

Empezando por don Luis Zapata, uno de los escritores que con más frecuencia se ha dedicado a los pueblos de la provincia madrileña. En su ya celebrísima «Miscelánea» nos describe a Aranjuez:

«Aranjuez, la más alta, la más amena, la más admirable y singular cosa del mundo; traça del paraíso terrenal, donde están juntos cuantas plantas, árboles y yerbas, fuentes, lagos, animales, aves y pescados que en diversas partes en todo el mundo hay.»

La descripción admirativa que el P. Baltasar Gracián hace de Aranjuez no puede ser más poéticamente deliciosa, considerándole como «estancia perpetua de la primavera», como dejó escrito en «El Criticón», en una admirativa descripción:

«... pasó a Aranjuez, estancia perpetua de la primavera, patria de la flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento.»

En iguales o parecidos términos se expresa Manuel Aleas, a principios del siglo XIX:

«... hicieron del Sitio Real de Aranjuez el vergel más agradable y suntuoso que puede tener para su recreo el más grande Monarca de la Tierra.»

Las más bellas citas, los más encendidos elogios, han sido para este lugar paradisíaco, donde no sólo se le compara con el Paraíso, sino hasta con el mismo Olimpo.

También Jacinto de Ayala le dedica sus más hermosas frases, como las que a continuación se reseñan:

«La Floresta de Aranjuez, Parayso en la tierra, Idea de los Iardines del Orbe, dista siete leguas desta villa,

es vna de las recreaciones mejores que tiene Príncipe, ni Monarca en su Reyno, házenla amena y deleytosa dos caudalosos Ríos, que son Tajo y Irama.»

Al igual que los demás autores y en semejantes frases, se expresa Núñez de Castro en una delicada y gentil loa:

«Claro está, que con el Aranjuez, son plebeyos quantos recreos gozan otros Príncipes, y le tributan como a su Rey, los más escogidos jardines de Europa, de Asia flores, y también frutos.»

El madrileñísimo Martínez Ruíz, «Azorín» —recientemente fallecido—, también nos describe, con su peculiar estilo noventayochesco, los lugares de Aranjuez de forma muy significativa:

«Aranjuez es una creación, no del pueblo, de la masa, sino de lo más selecto de España... Alrededor de Aranjuez se extiende el campo manchego, el campo uniforme, gris, triste, pobre, el campo con sus pueblecillos, sus cortijos, sus labores someras y escasas. Si Aranjuez representa la exteriorización, en los jardines y en el palacio, de lo selecto español, esta campiña es la expresión de lo popular de España.»

Otro de los que describieron con ágil pluma a los pueblos de la provincia de Madrid fué Ciro Bayo, quien, con palabras sencillas, ha querido demostrar su admiración por el Real Sitio con frases de encendido elogio:

«Aranjuez es un delicioso oasis en medio del desierto que circunda a Madrid. Alabé sus sotos y alamedas, dehesas y fontanas, y saludé al padre Tajo, que por allí se desliza entre álamos blancos y negros, altos chopos, copudos fresnos, enredosos quejigos, vestustas encinas y seculares robles.»

Lesage, haciendo referencia al viaje que hiciera a Zaragoza el Rey Felipe IV, hace mención de Aranjuez en «Gil Blas»:

«Se puso en camino para Zaragoza, pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él.»

Para terminar con los que podríamos llamar propiamente prosistas, y antes de hacer mención de los poetas que, en bellos poemas glosaron a Aranjuez, citaremos lo que don Miguel de Cervantes dijo del Real Sitio:

«... porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen a la mesa de Dios.»

En la pluma del más grande autor literario español de todos los tiempos, este elogio hacia Aranjuez es la mejor muestra de la significación literaria de este bello lugar.

La admiración que sintieran nuestros mejores prosistas por el Real Sitio de Aranjuez, no era mayor que la demostrada por los grandes poetas, que entonaron sus mejores loas, llenas de un encanto poético, hacia aquellos bellísimos parajes, fuente de inspiración para todos ellos. Es, quizá, el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, el juglar más acusado, el que puso toda su inspiración poética en cantar y glosar, con sus más bellos poemas, lo que se dió en llamar el Segundo Paraíso.